

parte en nuestros sagrados misterios, y con los mismos lábios de que brotan aun las imprecaciones, pediríais á Dios *que os perdone vuestras deudas como vosotros las perdonais á vuestros deudores?* Concedo que este hombre sea culpable de grandes crímenes, que haya cometido escesos de violencia contra vosotros; pero ahora es tiempo de clemencia y no de rigor, de bondad y no de justicia, de compasion y de misericordia, no de juicio, ni de condenacion; es tiempo de perdonar y no de manifestarse inexorables. Dejemos, pues, los pensamientos de venganza, triunfemos de nosotros mismos; mas aun, supliquemos al Dios de las misericordias que perdone al culpable, que aparte de su cabeza el peligro que le amenaza, y que le conserve la existencia para darle tiempo de arrepentirse. Imploraremos todos la clemencia del emperador por respeto á la Iglesia y á los altares; roguémosle que otorgue á la sagrada mesa la vida de un solo hombre. Si consigo esto de vosotros, el monarca mismo os lo agradecerá, y Dios no aguardará siquiera su consentimiento para adherirse á vosotros y daros el galardón; pues tanto como aborrece los corazones crueles y despiadados, otro tanto ama y favorece á los que son dulces y misericordiosos. *Quiero, dice el mismo, la misericordia, y no el sacrificio.* En cada página de sus escrituras exige la misericordia, presentándonosla como un remedio de nuestros pecados. Por ella atraeremos sobre nosotros los favores del cielo, obtendremos el perdón de nuestras culpas, honraremos á la Iglesia, mereceremos la clemencia del príncipe y los aplausos de todo el pueblo; por ella conquistaremos á nuestra ciudad tal fama de dulzura y moderacion, que su gloria se estenderá hasta los últimos confines del universo. Corramos, pues, á los piés del emperador, roguémosle, supliquémosle, salvemos á ese infeliz prisionero que nos tiende sus manos, que se ha encomendado á nuestra guarda, para que tambien nosotros alcancemos despues los bienes futuros por la gracia y bondad de nuestro Señor Jesucristo, cuya gloria y reino dure por todos los siglos de los siglos. Amen.»

Tan brillante como oportuna defensa hizo su efecto; la humanidad triunfó por obra de la religion; la palabra inspirada del orador cristiano bastó para conmover á un auditorio numeroso compuesto de personas á quienes Eutropio habia hecho grandes daños y causado temibles vejaciones. Algunos dias despues, habiendo cometido la imprudencia de salir de su asilo, el antiguo favorito fué desterrado á Chipre, donde se continuó el proceso, y condenado á muerte, se le condujo á Calcedonia, donde fué decapitado.

El que tan solo lea los trabajos oratorios de San Juan Crisóstomo á trozos, dice con mucha oportunidad un célebre historiador de nuestros dias, dificilmente podrá apreciar el mérito y el valor de sus escritos, porque su belleza está en el conjunto, en el calor que le anima desde el principio hasta el fin, en el movimiento vivo de una redundancia constante, con que adorna una moral siempre pura y generosa. En la homilia, San Juan Crisóstomo se distingue de un modo notable, y no sin razon se acostumbra á tomarle por modelo en las aulas para este género de predicacion, el mas aceptable en nuestros dias, el mas propio para agradar, para atraer y escitar á la devocion y la ternura á los corazones mas frios é indiferentes.

El exámen detenido de los trabajos de San Juan Crisóstomo nos llevaria demasiado lejos, dando á este libro proporciones desmesuradas, ó estableciendo en su obsequio una deferencia que algunos otros grandes oradores cristianos reclamarían por títulos diversos, aunque no pudiesen ser mas esclarecidos. Téngase muy en cuenta que escribimos en este momento la historia de la predicacion evangélica, y que nos proponemos recopilar algunas reglas en la segunda parte de esta obra, sacadas de los mismos á quienes juzgamos, con la estension posible y muy su-

ficiente para que la juventud conozca los maestros á quienes debe imitar.

De San Juan Crisóstomo nos quedan un gran número de *Homilias* sobre el Pentateuco, el Libro de los Reyes, los Salmos y las Profecias; sobre San Mateo, San Juan, los hechos de los Apóstoles, las Epístolas de San Pablo y otros muchos lugares de la escritura y diversos puntos de moral; sobre las fiestas del Nacimiento, la Pasion, la Resurreccion y la Ascension del Señor, y por último, sobre la venida del Espíritu Santo; varios *Panegíricos*; seis libros sobre el *Sacerdocio*; diversos *Tratados* de controversia contra los anameos, los judíos y los gentiles; algunos *Discursos* sobre la penitencia, las estatuas, el bautismo y la limosna, y por último, diversas *Cartas* no menos dignas de particular mención y detenido exámen.

Las ediciones mas notables de las obras de San Juan Crisóstomo son las de Enrique Salvi, hechas en 1613; las de Comelin y de Fronton, y por último, la del P. Bernardino de Monfaucon, con notas y con los textos griego y latino: esta edicion consta de 10 volúmenes en fólío, y se hizo el año 1718, siendo á nuestro juicio la mas notable. Hay otras traducciones de las obras sueltas del Crisóstomo; vidas de este santo, escritas por Filemon, Hermant y otros; pensamientos sueltos, trozos escogidos y apreciaciones críticas de mas ó menos valer; trabajos que en gran parte hemos consultado y visto con especial cuidado y detencion, creyendo muy oportuno rogar en este momento á la juventud, que procure ampliar nuestras consideraciones consultándolos y aspirando á formarse un criterio propio en cuestiones de tamaña importancia é interés.

San Efren.

Descendiente de una familia siriaca, San Efren nació á principios del siglo IV en la ciudad de Nisibe, en la Mesopotamia, limite del poder romano en Oriente. A la edad de diez y ocho años fué bautizado, y poco despues se retiró á un lugar solitario, donde vivió mucho tiempo entregado á una vida de contemplacion y de penitencia.

La fama de sus virtudes le obligó á abandonar el lugar de su retiro, pero no por esto permitió hacer el sacrificio de la independencia, rehusando cuantas distinciones se le ofrecieron, y conservando en medio del siglo la sinceridad en la fé, la sencillez de las costumbres y la austeridad de su carácter. Asistió al concilio de Nicea, y de vuelta á su patria comenzó de nuevo su vida errante y solitaria, empuñando un viáje á Cesárea por conocer á San Basilio, á quien toda la cristiandad admiraba por sus virtudes y el encanto de su palabra.

Algunos autores sostienen que San Basilio no quiso dejar partir de Cesárea á San Efren, sin conferirle la dignidad del sacerdocio; pero contra esta opinion hay otras no menos respetables, que afirman que el santo no quiso aceptar jamás una honra que en su modestia no creia merecer: San Gerónimo y San Genaro le llaman siempre el diácono de Edessa.

Un presentimiento secreto le llevó á ejercer su apostolado entre los indigenas de la Siria: su elocuencia brilla desde este momento de un modo nuevo y admirable, reclamando un lugar en nuestro libro, y desmintiendo á los que con sobrada injusticia han negado á San Efren un puesto entre los mas célebres propagadores del Evangelio en el siglo IV.

Eligió San Efren el idioma vulgar de su país para enseñar

la doctrina cristiana, que las diversas sectas que se disputaban el privilegio de atraer á sus habitantes habian desnaturalizado. La poesia y la música de que Bardesano y Harmónico se habian valido para difundir el error, sirvieron al humilde anacoreta para la realizacion de sus designios, y bien pronto comenzó á recoger el fruto de sus tareas. Por el carácter de su genio y por la riqueza del idioma en que pronunció sus discursos, San Efren es, mas bien que un profeta, un cantor árabe, un vate inspirado, á quien no puede leerse sin experimentar una gran complacencia: la riqueza y la energia de sus imágenes, los cuadros brillantes que ofrece á nuestra vista, y la uncion afectuosa que caracterizan sus escritos, le dan una originalidad digna de ser estudiada.

Ningun otro le aventaja en el conocimiento de la Escritura; es á la vez antiguo y moderno, solemne y popular, resaltando en su estilo las hipérboles y sutilezas que se notan mas tarde en la poesia árabe de la edad media. Los dogmas de Nicea, la fé, la moral y la historia evangélica, fueron el objeto de sus trabajos apostólicos. Compuso himnos populares para que jamás se olvidasen las verdades que predicaba, y muchos siglos despues esos cánticos se recitaban en las fiestas de los mártires.

Como orador, dice Guillon, San Efren fué para la Iglesia de Siria, lo que el Crisóstomo y San Agustin fueron para las de Africa, Atenas y Constantinopla. San Gerónimo, que conocia tan solo las traducciones griegas y latinas de sus obras, admira la fuerza y la penetracion de su ingenio, y le llama escritor sublime; opinion que Focio acepta á su vez, añadiendo, que lo mas notable en los trabajos del santo que nos ocupa, es la manera con que conmueve y persuade, la correccion de la frase y el gran fervor que revelan sus palabras.

Conformes en un todo con las opiniones autorizadas que acerca de la predicacion de San Efren acabamos de consignar, nada podemos, ni nos atrevemos á añadir, acerca de este particular. La lectura de los escritos que de este defensor ilustre de la verdad ha conservado la tradicion, nos ha producido una impresion estraña, indefinible, como creemos habrá de causarla en el ánimo de nuestros lectores: sus escritos, sus meditaciones, no pueden juzgarse hoy con exactitud; faltan al espíritu los móviles que produjeron sus mas bellas frases y sus períodos mas felices: la atmósfera que nos cerca se presta bien poco á saber estimar al hombre que hablaba en presencia de Dios y de los ángeles, teniendo ante su vista fosas abiertas, llenas de los tristes despojos de nuestra mortalidad. Hoy se huye de la soledad, porque la soledad nos espanta; hoy se huye de los cementerios, porque la nada de las vanidades humanas no es suficiente á ocultar la miseria que encierran esos ricos mausoleos de mármol, que los gusanos taladran cuando han saciado su voraz apetito, huyendo de una atmósfera deletérea, húmeda y fria, para respirar un aire puro que bien pronto les envenena. El hombre indiferente, si no puede juzgar á San Efren, no por esto sentirá menos el peso de una magestad sombría y terrible leyendo sus escritos; nosotros debíamos recomendarlos eficazmente á los que se consagran al ministerio de la predicacion, seguros de que fuera de ellos no encontrarán fácilmente pensamientos mas levantados acerca de la fragilidad de la vida, de la nada de los bienes de este mundo, de los terrores de la muerte, del juicio que despues de esta vida nos espera y sus formidables consecuencias.

Hay en las obras de San Efren una elocuencia natural que encanta: su estilo, sin dejar de ser sublime, no es en manera

a'guna difícil de comprender: no hay estudio, ni afectacion; sus palabras son los acentos de un alma que se trasmite, de un corazon penetrado de amor que se comunica; de un hombre, en fin, lleno de confianza, de sinceridad y de virtudes. No es una llama que produce un fulgor pasajero, es un fuego que consume todas las pasiones y los afectos; es un alma que se dá, sin por esto perder su actividad, ni disminuir en lo mas minimo sus atributos. San Gregorio de Nissa dice á este propósito: «¿Cuál será el orgulloso que no se sienta el mas humilde de los hombres, leyendo sus discursos sobre la humildad? ¿Quién dejará de sentirse inflamado de un fuego santo, estudiando su tratado sobre la caridad? ¿Quién, en fin, no experimentará vivos deseos de ser casto de corazon y de espíritu, teniendo presentes sus admirables elogios sobre la castidad?»

De tal manera han juzgado á San Efrén los que han leído sus obras; de tal modo nos presentan, rodeado de una aureola de gloria, al autor del célebre diálogo sobre el *Juicio final*, que San Gregorio cita con entusiasmo, que se consideraba como una obra perfecta en el siglo XII, que el Dante debió conocer, que Vicente de Beauvais halla superior á todo lo que se ha escrito acerca del gran asunto que sirve de tema á esta composicion, y que, por último, nosotros no podemos menos de trascribir en su mayor parte por su verdadero interés.

DISCURSO SOBRE EL JUICIO FINAL.

«Escuchad, muy amados en Jesucristo; escuchad lo que voy á deciros acerca de la segunda y temible venida del Señor. Al pensar en esta hora suprema, me siento enteramente poseído de terror y espanto. ¡Ah! ¿Quién podrá decir lo que en-

tonces se manifestará? ¿Qué lengua podrá contarlo? ¿Qué oídos podrán oirlo?... Descenderá el Rey de los reyes desde el trono de su gloria: vendrá á juzgar á todos los habitantes del universo: les pedirá cuenta de sus acciones: recompensará á los buenos y castigará á los malvados. Al pensar en esto, siento mis miembros estremecerse de frio; mis ojos llenarse de lágrimas; mi voz espirar en mi garganta: casi desfallecido, se contraen mis labios, queda inmóvil mi lengua, y todas mis ideas se turban y confunden. El interés de vuestra salvacion me obliga á hablar, pero el terror me reduce al silencio. Nunea, desde la creacion, habrá presenciado el mundo un espectáculo tan imponente y aterrador; ni hasta la consumacion de los siglos verá tan espantosos prodigios. Si cuando resuena en nuestros oídos el estruendo de la tormenta, el miedo se apodera de nosotros é inclinamos la cabeza, ¿qué será cuando oigamos en lo alto de los cielos el sonido de la trompeta, mil veces mas espantoso que el fragor del rayo; cuando el ángel venga á despertar de su sueño á todos los que en él duermen desde el origen de los siglos; cuando los huesos de mil generaciones, saliendo súbitamente de sus tumbas, se reúnan para formar nuevos cuerpos; cuando, en fin, resuciten de repente todos los hombres, cada uno en el sitio donde fué sepultado, y se concentren desde los cuatro extremos del mundo para oír su sentencia? A la voz del que tiene poder sobre toda carne, la tierra y el mar devolverán los cadáveres que en sus abismos encierran; y los que las fieras han devorado, y los que han desaparecido en el fondo de los abismos, y los que sirvieron de pasto á las aves de rapiña.... todos, todos comparecerán ante el supremo Juez: ni un solo cabello se perderá.

De repente un acento atronador se percibe en lo alto de los cielos, y llega hasta los confines del mundo. Ved que el Esposo llega; que el Juez se aproxima; que el Rey se adelanta; que el Señor Supremo vá á revelar su gloria; que el Dios del universo viene á juzgar á los vivos y á los muertos. La tierra tiembla

hasta en sus cimientos; las montañas se agitan hasta en su mayor profundidad, y desde el Oriente al Occidente la mar y sus abismos se alteran y confunden. Los sonidos de la trompeta se mezclan con las convulsiones del globo, y todos los hombres miran con creciente angustia aquellos rios que van á inundar la tierra. Aparecen entonces los ángeles sobre nubes; los arcángeles desplagan sus brillantes cohortes; los querubines, los serafines, todos los espíritus celestiales se adelantan en pos de ellos, entonando el himno de gloria:—Santo, Santo, Santo es el Señor, el Dios de los ejércitos, que era y es hoy ante nosotros en toda su omnipotencia.—Y la naturaleza estremecida responde al escuchar este cántico celestial:—Bendito sea el que viene en nombre del Señor.—Los cielos se entreabren en este momento, y se vé aparecer al Rey de los reyes, al Dios santo é infinito, terrible como el rayo y rodeado de poder y de magestad. «Vedle, esclama el Apóstol muy amado; vedle, que viene sobre las nubes del cielo, y le ven todos, y tiemblan los que le dieron muerte, y todas las tribus de la tierra se lamentan.» ¿Quién será bastante fuerte ante su presencia, cuando los cielos y la tierra huyen de él? «He visto un trono inmenso y brillante, y en este trono habia uno sentado, y el cielo y la tierra huían ante su rostro, y no hallaban asilo donde refugiarse?» ¿Habeis visto nunca tan espantoso prodigio? Si el cielo y la tierra huyen, ¿quién podrá permanecer firme ante su vista? ¿Qué recurso nos quedará, siendo pecadores como somos, cuando veamos al Señor de las eternidades sentado en el trono de sus venganzas; cuando veamos á todas las naciones del universo prosternadas ante Él, llenas de remordimientos y de horror? Entonces se cumplirá la palabra del Profeta: «Miré, y ví levantado un trono, y en él se sentó el anciano de los tiempos. Blancos eran sus vestidos como la nieve, y sus cabellos como lana pura: su trono resplandecía como la llama; las ruedas de su carro como un incendio; un raudal de fuego centelleaba en su frente; innumerables séres le rodeaban; millares de ángeles le servían: entonces empezó el juicio y se abrieron los libros.»

¡Qué terror será el nuestro, hermanos míos, qué confusion, cuando el incorruptible Juez abra solemnemente aquellos grandes jurados, aquellos terribles recuerdos en que están escritas nuestras obras, nuestras palabras, nuestras acciones, cuanto hemos dicho y hecho en el trascurso de nuestra vida; nuestros pensamientos mas recónditos, y todo cuanto creemos poder sustraer de esa mirada penetrante que escudriña los corazones! «Contados están los cabellos de vuestra cabeza, nos dice la Escritura, y lo mismo nuestras intenciones y nuestros deseos, sin haber siquiera uno de que no hayamos de dar cuenta al Soberano Juez.» ¡Oh! ¡Cuántas lágrimas tenemos que derramar si hemos de prevenirnos para esta hora fatal! Y sin embargo, nos dormimos en una culpable indiferencia. ¡Oh! ¡Con cuánta crueldad seremos castigados; cómo deploraremos nuestra vida cuando veamos las magníficas recompensas que recibirán del Rey de gloria los que hayan generosamente combatido; cuando contemplemos por nuestros propios ojos; por una parte, la dicha inefable de los cielos; por otra, los eternos tormentos del infierno, y entre ambas alternativas, todas las generaciones humanas que se han sucedido desde Adán hasta la consumacion de los siglos, doblando espantadas la rodilla y prosternadas ante la mirada de fuego del Altísimo!—Yo soy el Dios vivo, dirá; y en efecto Él es el Señor, y todo se arrodillará ante Él.

Figuraos, muy amados de Cristo, la humanidad entera entre la gloria y los suplicios; entre la vida y la muerte; entre la paz y la esclavitud, esperando todos su sentencia en medio de angustias, y sin poder prestarse unos á otros el mas ligero auxilio. Todos tendremos que dar cuenta de nuestra fé; á todos se nos exigirá la inmaculada vestidura bautismal, y desdichados de nosotros si hemos dejado empañar en nuestras almas la pureza de la doctrina; si hemos dejado que rompa el enemigo el sello inviolable del Señor. «Todos ofrecerán presentes, dice el Salmista, al Rey de magestad.» Los que somos hijos de la Iglesia tendremos que corresponder, segun este inapreciable privilegio: los poderosos serán examinados como tales: los que